

.....

Daniel Innerarity. Catedrático de filosofía política y social, investigador *ikerbasque* en la Universidad del País Vasco y director del Instituto de Gobernanza Democrática. Es autor de numerosas obras sobre las transformaciones de la política y los riesgos en el nuevo desorden global; sobre la redefinición de la democracia y de los actores políticos.

Contacto: dinner@unizar.es

.....

DEMOCRACIA SIN POLÍTICA

¿Por qué la democracia puede perjudicar seriamente a la democracia?

Daniel Innerarity

Universidad del País Vasco

Universidad de Zaragoza

Fecha de recepción 12 de febrero de 2014; fecha de aceptación 14 de marzo de 2014. El artículo es fruto de un proyecto de investigación desarrollado en el Instituto de Gobernanza Democrática y en el Robert Schuman Centre for Advanced Studies – European University Institute.

Resumen

El artículo examina los efectos apolíticos de la democracia directa y del nuevo activismo. Según el autor, no vivimos en una era posdemocrática, sino en una era pospolítica, de democracia sin política: lo que falta en esta configuración política es la representación, mediación institucional que articula las demandas sociales en programas públicos. El artículo concluye con una defensa de la democracia indirecta y de sus autoridades reguladoras y judiciales, que equilibran la deriva plebiscitaria del populismo actual y activan la dimensión de la delegación necesaria en política.

Palabras clave

Despolitización, soberano negativo, democracia indirecta, política

Abstract

The article explores the apolitical effects of direct democracy and new activism. According to the author, we do not live in a post-democratic era, but in a post-political one, an era of democracy without politics: what is missing from this political configuration is representation, the institutional mediation through which social demands are turned into public programmes. The article concludes with a defence of indirect

democracy and its regulative and judicial authorities which balance the plebiscitary drift of current populism, thus activating the dimension of delegation which is necessary in politics.

Keywords

De-politicization, negative sovereign, indirect democracy, policy

La narrativa dominante asegura que vivimos en una época postdemocrática.¹ Esta denuncia se declina de diversas maneras: como primacía de los ejecutivos frente a los parlamentos,² como distanciamiento de las élites respecto de los gobernados, como desplazamiento de los partidos hacia un centro que hace imposible las alternativas,³ como desconsideración de lo que realmente quiere la sociedad... Yo no lo veo así, ya lo siento. Una prevención que se aprende cuando uno apenas vale para otra cosa que para ejercer la sospecha filosófica me invita a mirar las cosas de otra manera. ¿No será que tenemos, más bien, una democracia abierta y una política endeble? La democracia es un espacio abierto donde, en principio, cualquiera puede hacer valer su opinión, que posibilita mil formas de presión e incluso tenemos la posibilidad de echar a los gobiernos. Esto funciona relativamente bien. En nuestras sociedades democráticas no faltan espacios abiertos de influencia y movilización, redes sociales, movimientos de protesta, manifestaciones, posibilidades de intervención y bloqueo. Lo que no va tan bien es la política, es decir, la posibilidad de convertir esa amalgama plural de fuerzas en proyectos y transformaciones políticas, dar cauce y coherencia política a esas expresiones populares y configurar el espacio público de calidad donde todo ello se discuta, pondere y sinteticé. Algo tiene que ver con esto el hecho de que para quienes actúan políticamente cada vez sea más difícil formular agendas alternativas. Estamos en una era postpolítica, de democracia sin política. Tenemos una sociedad irritada y un sistema político agitado, cuya interacción apenas produce nada nuevo, como tendríamos derecho a esperar dada la naturaleza de los problemas con los que tenemos que enfrentarnos.

1. C. Crouch, *Post-democracy*, Polity, Cambridge, 2004.

2. J. Habermas, *Im Sog der Technokratie*, Suhrkamp, Berlin, 2013.

3. C. Mouffe, *Agonistic: Thinking The World Politically*, Verso, London-New York, 2013.

Voy a examinar brevemente como funciona ese “soberano negativo” que se ha convertido en una fuerza tan poderosa como ambivalente. Trataré de reconstruir las premisas ideológicas de quienes han celebrado en este fenómeno como una superación de la política en su forma tradicional (pero que yo interpreto más bien como un intento de superación de la política en tanto que tal). Uno de los efectos más ingratos de esta vitalidad democrática es que despolitiza el espacio público, fenómeno que puede verse en ciertos conceptos que han hecho furor en los últimos tiempos al hilo de la crisis de la democracia representativa, que reivindican la democracia directa o plebiscitaria, que esperan de la participación ciudadana lo que no cabe obtener de la delegación representativa o lo confían todo el establecimiento de la transparencia como principio universal. Desde tales premisas, el avance del populismo no es la solución, pero tampoco meramente un problema; es más bien un síntoma de que no hemos acertado a pensar bien el lugar de las sociedades democráticas en una sociedad política. Solo podremos superar algunas de estas disfuncionalidades si llevamos a cabo una crítica de la democracia despolitizada o, formulado positivamente, una defensa de la política contra la democracia despolitizada. La democracia puede perjudicar seriamente a la democracia no solo porque a través de los procedimientos democráticos pueda acceder al poder quien está interesado en destruirla, sino en un sentido menos evidente: que ciertos procedimientos intachablemente democráticos, si no están articulados correctamente, pueden dañar la calidad democrática. Dado que se defienden en nombre de la democracia y como la intuición parece dejarnos indemnes ante su reivindicación – ¿qué hay de malo en promover más participación, en llevar la transparencia hasta el extremo, en gobernar a golpe de sondeo, en multiplicar las consultas, en hacer siempre lo que quiere el pueblo, en suponer que lo más próximo es necesariamente lo más democrático? – la política es especialmente vulnerable ante este tipo de demandas. Solo podremos combatir lo aparentemente democrático si llamamos la atención sobre sus posibles efectos antipolíticos cuando no está integrado en una manera equilibrada de entender la política. Por eso concluyo con una defensa de lo que podríamos llamar la democracia indirecta, un territorio que merece explorarse, aun cuando no haga superfluas las formas directas de intervención democrática.

Una ciudadanía intermitente

Dicen los expertos que el retroceso de la participación electoral no viene acompañado por una falta de desinterés hacia el espacio público.⁴ La ciudadanía huye de las formas clásicas de organización, lo que es compatible con crecientes modalidades de compromiso individual, un activismo que no está ideológicamente articulado en un marco ideológico que le proporcione coherencia y totalidad, como podía ser el caso de las tradicionales ideologías omnicomprendivas. El nuevo activismo es individualista, puntual, orientado hacia cuestiones que se refieren a los estilos de vida y crecientemente apolítico.⁵

Están cambiando las formas del activismo político. Las posibilidades de ejercer eso que Pierre Rosanvallon ha denominado “contrademocracia”⁶ han aumentado gracias a la autoconciencia ciudadana y los avances tecnológicos. Es significativo que la mayor parte de las nuevas cuestiones políticas suscitadas en los últimos treinta años hayan sido promovidas por manifestaciones y por la acción directa, más que por las actividades políticas convencionales a través de los partidos y los parlamentos.⁷ Durante la primera mitad del siglo pasado las actividades de la sociedad civil tenían lugar en el ámbito en torno a las instituciones políticas, mientras que actualmente se distancia de los lugares del poder. Vivimos en una sociedad que ya no tiene como objetivo constituir un poder para configurar los procesos sociales sino impedir el abuso de poder, que prefiere la transparencia presente a la responsabilidad futura, que ejerce la desconfianza del soberano negativo. No hemos conseguido el “nivel óptimo de desconfianza”⁸ y su exceso la ha convertido en un constructor de distancia antipolítica.

Lo que tienen en común tanto las movilizaciones de la red como las protestas más clásicas de movilización en espacios físicos es su carácter puntual y negativo (no en el sentido moral, sino, principalmente, orientadas a impedir algo). Se trata, por tanto, de actos apolíticos, en cuanto que no están inscritos en construcciones ideológicas completas ni en ninguna estructura duradera de intervención. Lo político comparece hoy generalmente bajo la forma de una movilización que apenas produce experiencias constructivas, se limita a ritualizar ciertas contradicciones contra los que gobiernan, quienes a su vez reaccionan simulando diálogo y no haciendo nada.

4. R. Dalton, *Democratic Challenges – Democratic Choices. The Erosion of Political Support in Advanced Industrial Democracies*, Oxford University Press, Oxford, 2004, p. 191.

5. P. Norris, *Democratic Phoenix. Reinventing Political Activism*, Cambridge University Press, Cambridge, 2002, p. 188.

6. P. Rosanvallon, *La contre-démocratie: la politique à l'âge de la défiance*, Seuil, Paris, 2006.

7. I. Budge, *The New Challenge of Direct Democracy*, Blackwell, Cambridge, 1996, p. 192.

8. P. Dahlgreen, *The Political Web. Media, Participation and Alternative Democracy*, Palgrave Macmillan, New York, 2013, p. 17.

El espacio digital ha abierto nuevas posibilidades de activismo político. Plataformas de movilización en torno a causas concretas – como Change o Avaaz – permiten ejercer un “clicktivism” concreto a favor de buenas causas que contrasta con las adscripciones ideológicas abstractas, objeto de una general incredulidad. Para amplios sectores de la población la realidad representada por los partidos jerárquicos ya no resulta atractiva, mientras que la cultura virtual de la red les permite articular cómodamente sus disposiciones políticas fluidas e intermitentes, e incluso situarse *of line* en cualquier momento.

No faltan tampoco ejemplos de activismo y “soberanía negativa” en el espacio físico, ahora también vinculados a la movilización digital: manifestaciones y *performances* que obtuvieron una cierta celebridad, como los foros alternativos con motivo de las cumbres mundiales, Occupy Wall Street, todo el movimiento en torno al 15 M, las plataformas contra los desahucios, la paralización de la privatización de la sanidad en Madrid, la intervención de las acusaciones particulares en los procesos judiciales, la resistencia exitosa contra ciertas obras públicas e infraestructuras: desde Burgos hasta Stuttgart pasando por Nantes... No pongo en cuestión la bondad de estas actuaciones de resistencia cívica o campañas *on line*; me limito a señalar que al no inscribirse en ningún marco político que les de coherencia, pueden dar a entender que la buena política es una mera adición de conquistas sociales. No funciona la articulación de las demandas sociales en programas coherentes que compitan en una esfera pública de calidad; en definitiva, falla la construcción política e institucional de la democracia más allá de la emoción del momento, de la presión inmediata y la atención mediática.

A quien reivindica algo que le parece justo no tenemos por qué exigirle que lo acompañe de un programa político completo y una memoria económica, por supuesto. Pero el espacio público no se reduce a la mera agregación apolítica de preferencias incoherentes, agrupadas como si no hubiera ninguna prioridad entre ellas e incluso ciertas incompatibilidades. Alguien se debería ocupar de ordenar esas reivindicaciones con criterios políticos y gestionar democráticamente su posible incompatibilidad. Pero, ¿hay alguien ahí? Si la política (y los tan de costados partidos) sirve para algo es precisamente para integrar con una cierta coherencia y autorización democrática las múltiples demandas que surgen continuamente en el espacio de una sociedad abierta. Se bloquea la construcción de infraestructuras, que seguramente no deberían hacerse, o no de ese modo, pero seguimos sin saber qué debería hacerse en materia de infraestructuras; detenemos los desahucios – porque podíamos y debíamos hacerlo – pero eso no sirve para nada más que incentivar el crédito y hacer una política de vivienda más justa; podemos parar la privatización de los hospitales públicos, pero eso no determina qué

tipo de política sanitaria debe hacerse. La política cuya presencia echo en falta es la que comienza cuando se terminan las buenas razones de la sociedad, donde se acaba la tarea del soberano negativo y comienza la responsabilidad del soberano positivo. Al hecho de que las demandas sociales estén desarticuladas se añade la circunstancia de que tales reivindicaciones son plurales, lógicamente, y en ocasiones incompatibles o contradictorias: unos quieren más impuestos y otros menos, unos *software* libres y otros protección de la intimidad y la propiedad, a unos les preocupa que haya menos libertades y a otros que haya demasiados emigrantes... Sin una valoración política es difícil saber cuándo se trata del bloqueo de reformas necesarias o de una protesta frente al abuso de los representantes. La protesta contra ciertas infraestructuras puede estar motivada por razones ecológicas, pero también por otras menos confesables como el célebre “Not In My Back Yard” (no en mi patio trasero) o por sentimientos xenófobos si lo que se va a construir es una mezquita. En cualquier caso, a quienes tienden a celebrar la espontaneidad social conviene recordarles que la sociedad no es el reino de las buenas intenciones. La legitimidad de la sociedad para criticar a sus representantes no quiere decir que quienes critican o protestan tengan necesariamente razón. El estatus de indignado, crítico o víctima no le convierte a uno en políticamente infalible. Existe, además, otro fenómeno de resistencia social antipolítica que merecería una especial atención. Me refiero al hecho de que alrededor o en los extremos de los partidos se han configurado “tea parties” que se erigen como protectores de los valores, representantes de las víctimas, portavoces de la multitud o de alguna revolución pendiente. Desde estas trincheras apolíticas parecen dominarse las cosas con una claridad de la que no disponen quienes tratan habitualmente con el principio de realidad. La ira de esos grupos no se dirige tanto a los adversarios como a los propios cuando amagan con rebajar el nivel de lo políticamente innegociable. Extienden una mentalidad antipolítica porque no han entendido que la política comporta siempre ciertos compromisos y concesiones. Los sectores duros de los partidos marcan el paso de una manera que probablemente no les corresponde con criterios de representatividad o sin disponer de la correspondiente autorización democrática y que dificultan ciertas reformas para las que se requiere el acuerdo político con los adversarios.

La ideología del soberano negativo

En los extremos ideológicos hay un desprecio de la política que no es en absoluto una crítica hacia un modo concreto de hacer la política sino una impugnación total de

la política, el deseo profundo de que no haya política, o como mucho, que sea irrelevante. El espacio político de las democracias está asediado, a derecha e izquierda, por formas extremas de resistencia contra la política, que unos ejercen desde el mercado y otros desde la sociedad, entendidos ambos – mercado y sociedad – como realidades ajenas al proceso político, desde la autonomía de los mercados autorregulados, en el primer caso, o desde la soberanía de una sociedad constituida al margen de los procedimientos de representación institucional. El neoliberalismo financiero y el “wikicomunismo” comparten una similar desconfianza hacia la política, a la par que celebran “la sabiduría de las masas”, como agentes del mercado o como miembros de la multitud. En el fondo, la ilusión de una sociedad autogobernada sin mediaciones institucionales y jurídicas se distingue muy poco del mito liberal de la autorregulación de los mercados. Ya sabíamos que el neoliberalismo es una ideología antipolítica, pero no deberíamos perder de vista que en el otro extremo del arco ideológico hay actitudes que tienen efectos similares. Por eso me fijaré más en la izquierda no socialdemócrata, porque resulta más obvio el desinterés de la derecha liberal por la política. La teoría política hoy dominante en este ámbito concibe la soberanía popular como algo exterior al sistema político institucional, muy similar a las formas de resistencia premoderna contra la autoridad, pero no como implicación activa en los procedimientos de la política representativa. El poder constituyente tiene inevitablemente una dimensión antiinstitucional. De ahí la importancia que conceden a conferencias, ocupaciones, protestas y movimientos en los que se aparenta ejercer un verdadero contrapoder y se escenifican foros de una “verdadera democracia”. Buscan así una eficacia inmediata de la voluntad popular, lo que políticamente solo puede ser en términos negativos y antipolíticos. La sociedad no es estructurada por el derecho y por la política, sino por los sentimientos y las convicciones. Interpretadas de esta manera, con ese desdén antiinstitucional, las protestas se limitan a escenificar un momento de soberanía democrática sin repercusiones prácticas estructurales. Hay en ello una cierta mitología del “pouvoir constituant” como multitud, resistencia, conflicto, expresión del antagonismo democrático, una izquierda que no tiene una idea de intervención política sino un gesto radical, que ha estetificado la política. Una de las cosas más curiosas del pensamiento de la izquierda no socialdemócrata actual es la adopción de ciertos elementos de la teoría política de Carl Schmitt y su resignación frente a las estructuras sociales dominantes. La ciudadanía es considerada como soberana en la resistencia y la excepción, no en la normalidad democrática (con lo que parece ondenada a entregar la gestión de esa normalidad a la derecha).

La otra curiosidad de buena parte de las teorías políticas actuales de la izquierda alternativa es que ofrecen una justificación ideológica involuntaria de la desregulación. La concepción radical democrática colabora a consagrar la escisión entre una política entendida como la administración de la objetividad y una sociedad movilizad negativamente, entre la normalidad del poder constituido y la excepcionalidad del poder constituyente. Cuanto más se enfatiza el valor ético de la resistencia frente a la política, menos obstáculos encuentra la política dominante para constituirse como la única objetividad posible. Se instaura, así, una división del trabajo entre la política burocrática y la politización puntual. Pese a lo pretendido por quienes reivindican una visión agonal de la política,⁹ este esquema no posibilita la construcción de alternativas transformadoras sino que convierte a la protesta en algo políticamente irrelevante, para satisfacción de quienes desean que la política siga como hasta ahora. Ha tenido lugar una curiosa “división del trabajo” en lo que se refiere a despolitizar la política entre los que, por un lado, definen una tecnocratización de la política y, por otro, quienes celebran las formas de protesta social como algo exterior al sistema político. En sus versiones más extremas, derecha e izquierda colaboran así a despolitizar la política cuando coinciden en despreciar su lógica. Unos parecen desconocer que no es una cuestión técnica, ni el manejo aséptico de una objetividad incontestable; otros parecen haber olvidado su dimensión pragmática e institucional. Hay un reparto tácito del territorio favorecido por la arrogancia de los primeros y la resignación de los segundos.

La boda entre neoliberalismo y democracia radical tiene otros episodios. Muchos de los que se movilizan contra, por ejemplo, ciertas grandes infraestructuras creen en las objetividades no ideológicas y esgrimen argumentos a los que tratan de prestigiar presentándolos, al igual que han hecho siempre los tecnócratas, como si estuvieran por encima de la política. Hechos, sentido común e indignación popular apuntan en una dirección incontestable. Tienen una escasa comprensión de cómo funciona la lógica del sistema político, en el que no se ventilan tanto cuestiones que tengan que ver únicamente con la verdad y la objetividad, sino que están en juego también relaciones de poder, irrationalidades, apuestas arriesgadas, incertidumbre cognitiva y propuestas ideológicas. Es curioso cómo a uno y otro lado del espectro ideológico hay una similar concepción de lo político (mejor, de la sociedad sin política) según la cual todo se resumiría en conferir la capacidad de decisión a los detentadores de la objetividad.

9. E. Laclau, C. Mouffe, *Hegemonie und radikale Demokratie. Zur Dekonstruktion des Marxismus*, Passagen, Wien, 1991.

Entonces, ¿quién acaba con el capitalismo? Pues lo cierto es que, pese a la retórica dominante, no hay verdaderos enemigos del capitalismo, que puedan ser tomados en serio, precisamente en un momento en el que serían más necesarios que nunca. El despliegue reciente del capitalismo ha causado muchas víctimas, pero el estatuto de víctima no convierte a nadie sin más en un actor político. Las injusticias sociales no engendran por sí mismas la transmutación del sufrimiento en una fuerza transformadora. Los grupos desfavorecidos son muchos, pero fragmentados y una de las cosas que está fallando es una narrativa de la izquierda que los articule políticamente.

Reconozcámoslo: la crisis del capitalismo financiero y la erosión de su legitimidad no son consecuencia de los duros ataques de los movimientos sociales o la izquierda política, sino el resultado de una implosión como consecuencia de sus propias contradicciones, de la que saldrá probablemente victorioso, aunque herido en su legitimidad, mientras no comparezca una fuerza política que le obligue a transformarse.

La despolitization involuntaria

El gran desafío de las actuales sociedades democráticas es no dejar tranquilos a sus representantes – a los que debe vigilar, criticar y, en su caso, sustituir – sin destruir el espacio público ni despolitizarlo. Está claro que no hemos conseguido este equilibrio y o bien nos abandonamos ciegamente en la competencia de quienes nos representan (como quieren, por diversos motivos, los tecnócratas y los populistas), o bien reducimos hasta tal punto la confianza y el margen de delegación que sometemos a la política al registro de la inmediatez (lo cual también tiene una versión tecnocrática, de eficacia inmediata y populista, como gobierno de los sondeos, la política sometida a la demoscopia). En ambos casos, el activismo social puede tener efectos despolitizadores a los que hay que prestar una especial atención porque no son evidentes. Lo evidente, lo políticamente correcto, es entender la representación como una falsificación, dar por sentado que quien protesta tiene razón o suponer que cuanto más participación y transparencia, mejor.

Hay una democracia que se reivindica como combate contra la política institucionalizada o representativa, pero que al mismo tiempo destruye los espacios que son necesarios para que podamos hablar de vida política. Esta despolitización indirecta puede comprobarse en la actual crisis de la representación, de lo que son buenos ejemplos ciertas reivindicaciones de democracia directa y plebiscitaria, o las exigencias de participación

y transparencia cuando dejan de ser procedimientos de corrección de la democracia representativa y se presentan como candidatos para superarla.

Comencemos por la crisis de la representación, tan invocada últimamente, pero que forma parte, por cierto, de la normalidad política. Siempre ha habido un debate en las sociedades democráticas acerca de la naturaleza de la representación. Una sociedad democrática no puede zanjar definitivamente los procedimientos de su representación, siempre discutibles y mejorables, pero se desliza hacia el espacio de la antipolítica cuando lo que impugna es el hecho mismo de la representación. La representación permite garantizar la pluralidad de lo político, lo que no ocurre con la democracia directa. En una sociedad compleja y diferenciada solo la representación consigue que una pluralidad de sujetos sea capaz de actuar sin anular esa pluralidad. En este sentido la representación no es un inconveniente sino una capacitación para que la sociedad actúe políticamente y, al mismo tiempo, garantiza el mantenimiento de su diversidad. Si hay representación política es porque hay que mantener, al mismo tiempo, el pluralismo de la sociedad y su capacidad de actuar, el demos y el cratos de la democracia.

No hay fórmula alternativa frente a la democracia representativa que garantice mejor la eficacia, el pluralismo y la equidad (lo cual no quiere decir que esto se consiga siempre o no sea manifiestamente mejorable). Todas las otras formas de intervención democrática lo suelen hacer mucho peor. Hace tiempo que nos hemos curado en salud de las formas de democracia asamblearia, cuya representatividad es mucho más discutible que nuestros sistemas electorales e incomparablemente menor su eficacia a la hora de tomar decisiones. Tampoco los llamamientos a la participación suscitan el asentimiento general, como si hubiéramos aprendido que son procedimientos tan necesarios como limitados. Pese al entusiasmo digital, los foros *on line*, por ejemplo, se caracterizan por una gran homogeneidad y una mayor presencia de posiciones extremistas. En general, la democracia directa es atractiva para el ciudadano pasivo, es decir, para quienes están poco interesados en exponer sus opiniones e intereses frente a otros en el espacio público y prefieren formas plebiscitarias de decisión, es decir, hacer valer su voluntad, sin filtros ni modulaciones deliberativas, en el sistema político. La democracia directa y las formas plebiscitarias de decisión son instrumentos de carácter apolítico y si gozan de mayor prestigio del que se merecen es porque forman parte de ese tono general de democracia sin política que caracteriza a nuestras sociedades.

Los plebiscitos son tan importantes en una democracia como incapaces de reemplazar a los debates profundos y abiertos. Los plebiscitos reflejan peor la pluralidad de opiniones e intereses de una sociedad que las relaciones de representación. Esta

imprecisión se debe a que reducen los procedimientos de decisión a posibilidades binarias, dentro de cuyo campo hay muchas posiciones heterogéneas que solo coinciden en el sí o el no. La democracia directa actúa así de un modo menos representativo que los procedimientos representativos de formación de la opinión. Paradójicamente los partidarios de la democracia directa y los tecnócratas argumentan que la reducción a un código binario hace que la solución de un problema sea más transparente y menos ideológica, pero ambos simplifican el espacio de juego político, reducen las posibilidades de creatividad política e impiden ejercer la libertad de los matices. Pensemos por un momento en la carrera meteórica del concepto de transparencia, en el que podemos encontrar, además de valores indiscutibles, algún efecto antipolítico. Dejemos que de sus virtudes se encargue la aclamación general; quisiera llamar la atención, sin embargo, sobre el transfondo antipolítico que hay tras algunas formas en las que es exigida, que dan a entender que todo el problema de la política consiste en que los políticos esconden algo cuya desocultación resolvería nuestros problemas. Ojalá fueran así las cosas. El sistema político es más banal que ocultador de secretos y aunque nos desvelara sus intimidades no habríamos disipado completamente las incertidumbres en las que nos desenvolvemos. El efecto indirecto de esta manera de pensar es dar a entender que la política es algo que tiene que ver con objetividades y evidencias, donde en última instancia no hay nada que discutir. Así entendida, la transparencia es un concepto que recuerda a la exigencia prepolítica de hechos objetivos. Este prejuicio objetivista está muy extendido a ambos extremos del arco ideológico, lo comparten los tecnócratas con los libertarios, los defensores de la autoridad de los expertos y los que sostienen que el pueblo no se equivoca, quienes lo confían todo a la autorregulación de los mercados o a la sabiduría de la multitud. Un espacio completamente transparente sería un espacio completamente despolitizado.

El populismo como síntoma

La tragedia de la política contemporánea es que quien tiene alguna responsabilidad – es decir, tanto los electores como los elegidos – continuamente estamos obligados a elegir entre racionalidad y populismo. Para los representantes, lo primero no es comprendido e imposibilita la reelección, mientras que lo segundo pone en peligro la estabilidad política pero es aplaudido socialmente. Los gobernantes se enfrentan con frecuencia al dilema de hacer lo que los ciudadanos esperan de sus gobiernos o lo que están

obligados a hacer. También se puede explicar esta situación como la coincidencia entre la incapacidad de los gobiernos de explicar sus decisiones y la incapacidad de los ciudadanos de entenderlas. Cuántas decisiones políticas se han adoptado en medio de un dilema de esta naturaleza. De ahí el drama al que suelen referirse los políticos: saben qué es lo que deben hacer pero no saben cómo ser reelegidos si hacen lo que deben hacer.

Esta situación ha alterado el clásico esquema de identificación ideológica y su correspondiente antagonismo. Al eje derecha-izquierda se le está superponiendo otro que enfrenta, en sentido amplio, populistas y tecnócratas; en ambas categorías hay versiones de derecha y de izquierda. El nuevo espectro ideológico puede explicarse en función de las diversas combinaciones de estas cuatro sensibilidades. Lo que tenemos es básicamente tecnócratas de derechas y de izquierdas, populistas de derechas y de izquierdas, dando lugar a alianzas y antagonismos que no son inteligibles desde la clásica polarización ideológica.

El avance de los populismos en Europa es un problema que debería ser considerado como un síntoma. El populismo resulta creíble porque algo no va bien y el sismógrafo populista nos sirve para identificarlo. Para que el populismo sea algo más que sectarismo de unos exaltados marginales tienen que coincidir en el tiempo un problema irresuelto y unas instituciones débiles. El éxito de los intrusos carismáticos solo se explica por un déficit en las élites dirigentes, como una derrota de sus discursos, que no resultan inteligibles o creíbles, sin olvidar que los populismos no tendrían éxito si no hubiera sociedades dispuestas a darles crédito.

Por eso el combate contra el populismo no se libra tanto en la apelación a valores intangibles como en la movilización de recursos emocionales, desde el miedo hasta la esperanza. La política es una manera de dar cauce a las emociones sociales de manera que resulten constructivas y no destructivas. El populismo es precisamente una reacción a la falta de política, que en su formato actual no permite una articulación política de las pasiones. El éxito del populismo se explica por que la política no ha conseguido traducir institucionalmente unos sentimientos ampliamente extendidos en ciertos sectores de la población, que ya solo confían en quien promete lo que no puede proporcionar.

Si expulsamos de la política los excesos emocionales y los momentos incalculables nos estamos cargando la política misma, de la que forma parte la pasión. El espacio público no es una conversación de salón entre intelectuales; las emociones forman parte de la sociedad de masas, así como una cierta dramatización. Si los políticos moderados ignoran estas condiciones emocionales, están invitando a los rompedores de tabúes, que encuentran el escenario a su disposición.

Entre esas pasiones ocupa un lugar fundamental el miedo y sus retóricas. Vivimos en un mundo de espacios abiertos, lo que significa también una cierta desprotección. Los ciudadanos más favorecidos han celebrado esta intemperie como una ganancia de libertad (como mercados menos regulados o una mayor movilidad), pero los más vulnerables se sienten inseguros, abandonados y son pasto de las promesas populistas. Muchos de los arrebatos emocionales de la sociedad tienen que ver con el hecho de que la gente siente miedo, un miedo más relacionado con la desprotección económica en la izquierda y más con la pérdida de identidad a la derecha, aunque todo esto se mezcla dando lugar a sentimientos de difícil interpretación y gestión. En este mundo ya no son eficaces las seguridades que solo funcionan en espacios cerrados, pero la gente tiene derecho a un resguardo semejante en las nuevas condiciones. Mientras la política no sea capaz de proporcionar una seguridad equivalente, las sociedades tendrán motivos para confiar en las promesas incumplibles del populismo.

Una defensa de la democracia indirecta

Las democracias representativas tienen hoy dos enemigos: el mundo acelerado, la predominancia de los mercados globalizados, por un lado, y la *hybris* de la ciudadanía, por otro, es decir, la ambivalencia de una sociedad a la que la política debe obedecer, por supuesto, pero cuyas exigencias, por estar poco articuladas políticamente, son con frecuencia contradictorias, incoherentes y disfuncionales. Mencionar este segundo peligro es romper un tabú porque buena parte de nuestra clase política y quienes escriben de política suelen practicar una adulación del pueblo, al que no sitúan en ningún horizonte de responsabilidad. Pocos hablan de las amenazas “democráticas” a la democracia, las que proceden de la demoscopia, la participación, las expectativas exageradas o la transparencia. Al señalar esta carencia no pretendo invalidar el principio de que en una democracia el único soberano es el pueblo; me limito a subrayar que la democracia representativa es el mejor invento de que hemos sido capaces para compatibilizar, no sin tensiones, este principio con la complejidad de los asuntos políticos. Aunque suene paradójico, no hay otro sistema que la democracia indirecta y representativa a la hora de proteger a la democracia frente a la ciudadanía, contra su inmadurez, incertidumbre e impaciencia.

El contra-poder del “soberano negativo” no está en condiciones de sustituir al poder constructivo. Puede politizar de manera puntual el espacio público expresando una

indignación y mantenerse al margen de cualquier construcción de responsabilidad. En el fondo, nuestra democracia sin política ha entronizado al ciudadano como evaluador independiente que se concibe fuera de toda esfera política, como consumidor. Las sociedades abiertas han desatado hasta tal punto las libertades de los consumidores que también la política es considerada desde el punto de vista del cliente, caprichoso, impaciente, exigente... El ideal de soberanía popular se ha transformado en “soberanía del consumidor”. “El número creciente de boicots, expresiones de malestar y otras formas de activismo parece estar conducido actualmente por un sentimiento de consumidor y existe el peligro de que el activismo adopte más bien la forma de un *lifestyle-statement* que de un compromiso serio (...). El activismo no parece ser otra cosa que una forma refinada de consumismo para bienintencionados, a los que permite acceder a recursos públicos y procesos de decisión.”¹⁰ Ahora bien, ¿se agota en esta figura toda la potencialidad crítica y de responsabilidad democrática inscrita en el concepto de ciudadanía?

Cuando nos quejamos de que los mercados condicionan excesivamente a la política, no deberíamos perder de vista que ese condicionamiento no está limitado a los mercados financieros globales sino que se verifica también en las relaciones entre representantes y representados. A todos los niveles, en el plano global y el doméstico, el poder de los consumidores es mayor que el de los electores.

Cuando la lógica del consumidor soberano se instaure en la política, esta tiende a disolverse en la inmediatez del corto plazo. La política es especialmente vulnerable a ello debido a la permanente contienda electoral y al peso de la opinión pública, de registro cada vez más breve a causa del peso creciente de las encuestas y los sondeos, que permiten atender las exigencias del momento presente. La política se debilita enormemente si no es capaz de introducir otros criterios que equilibren esa posible tiranía del presente. Si para algo sirven las instituciones de la democracia representativa es para establecer procedimientos que garanticen al menos el debate, la consideración de alternativas y las garantías constitucionales. Una democracia no puede funcionar bien si no hay instituciones de democracia indirecta que funcionen, como las autoridades reguladoras, arbitrales o judiciales (que suelen deteriorarse cuando quedan en manos de los partidos), si se suprimiera completamente la dimensión de delegación que debe tener todo gobierno (compatible, por supuesto, con que esa delegación esté limitada en el tiempo y tenga que dar cuentas), si la opinión pública de cada momento se impone sobre otras expresiones de la voluntad popular menos instantáneas y más extendidas en el tiempo...

10. G. Stoker, *Why Politics Matter. Making Democracy Work*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2006, p. 88.

Probablemente este sea uno de los problemas que están en el origen de que la política sea tan disfuncional y de lugar a tantas situaciones irracionales.¹¹ La política tiene que librarse del “miedo demoscópico”,¹² sin ceder a la arrogancia elitista y tecnocrática. Es necesario reconocer que cualquier liderazgo tiene costes inevitables en términos de autorización democrática directa, que hay ciertos distanciamientos exigidos por la adopción de esas decisiones que solemos llamar “impopulares”. Si no existiera una cierta distancia frente a los electores los gobiernos no podrían en ocasiones decir la verdad y la política no conseguiría desvincularse del poder del instante. O justificamos democráticamente esa “distancia” o no tendremos argumentos para oponernos al populismo plebiscitario, que cuenta, a derecha e izquierda, con impecables defensores.

Dicen las encuestas que la política se ha convertido en uno de nuestros principales problemas y yo me pregunto, para terminar, si en esta opinión se expresa una nostalgia por la política desaparecida, una crítica ante su mediocridad o más bien un desprecio antipolítico hacia algo cuya lógica no se acaba de entender. En cualquier caso, los ciudadanos tendríamos más autoridad con nuestras críticas si pusiéramos el mismo empeño en formarnos y comprometernos. Y tal vez entonces caigamos en la cuenta de que nos encontramos en la paradoja de que nadie confía a la política lo que solo la política podría resolver.

11. D. Innerarity, *El futuro y sus enemigos. Una defensa de la esperanza política*, Paidós, Barcelona, 2009.

12. J. Habermas, *Zur Verfassung Europas. Ein Essay*, Suhrkamp, Berlin, 2012.